

tar sin complemento, es cosa muy cursi. Las patronas de casas de huéspedes y las tenderas de ultramarinos son las que suelen decir así.

«Otros disfrutan, yo derramo llanto;  
Nadie se compadece de mis penas...»

¿Quién creía usted que iba á ser tan tonto que se compadeciera de sus penas, si las sufre usted porque quiere?

Compadézcase usted mismo primero, y deje de atormentar su caletre en aderezar versos con tomates... digo, con disparates.

Pero luego dice usted muy maravillado:

«Parece que á sufrir sólo he venido.»

¿Pues á qué había usted de venir, pobre hombre?

A lo que venimos todos á este valle de lágrimas.

A sufrir con paciencia los trabajos, y hacer así méritos para conseguir la gloria eterna.

¿Dice usted que es cristiano, y se asombra de eso?

Siga usted:

«En mi auxilio llamé á los soberanos...  
(Pues como si llamara uste á Cachano  
Con una teja rota en cada mano!)  
Y mendigando fui de puerta en puerta.  
Mas ¿qué se ha de alcanzar de los tiranos?»

Le advierto á usted que *soberanos* y *tiranos* son consonantes, eso sí, pero no son sinónimos.

Y dice más adelante:

«Mientras el Papa tiene *grande empeño*  
En la *unidad de ideas*...»

¡Pero hombre!... ¿Querrá usted dejar en paz al Papa, y no meterse en lo que no entiende?

El Papa tiene *grande empeño*, como dice usted con un prosaísmo insufrible, en que haya unidad de fe y en que haya unidad de acción cristiana conforme con la fe.

Y también le tiene en que usted no haga versos—aun cuando no tenga de usted el Papa ni la menor noticia,—porque quiere que todo el mundo cumpla la ley de Dios y que nadie haga tonterías ni malgaste, como usted, el tiempo que Dios le concede para trabajar en la santificación de su alma.

«Mientras el Papa tiene *grande empeño*  
En la *unidad de ideas*, yo mitigo  
Mis graves horas en letal beleño.»

¿Y qué tiene que ver uno para con otro?  
¿Se opone el que tenga el Papa *grande empeño* en la *unidad de ideas*, á que usted *mitigue* sus graves horas?... Es decir, á que usted

diga que mitiga sus graves horas; porque lo es mitigarlas realmente...

¿Qué entiende usted por *mitigar* las horas? Vamos á ver...

«Yo mitigo mis graves horas en letal beño.»

No, señor: lo que usted hace cuando dice que *mitiga*, etc., es decir un desatino que ni usted mismo entiende.

«Yo lamento y no tengo ni un amigo  
Que las lágrimas *frote* de mis ojos,  
Y entre los ayes del pesar *me hostigo*...»

«Yo lamento...» ¿Y qué lamenta usted?...

El no conocer la sintaxis era lo que debía usted lamentar... Y no contentarse con eso, sino ponerse á estudiarla en seguida, en lugar de ponerse á escribir tercetos sin pies ni cabeza.

Y luego se queja usted de no tener ni un amigo... ¿Cómo ha de tenerlos escribiendo así?

Pero así y todo, tampoco es verdad que no tenga usted ni un amigo.

Tiene usted á E. Peña.

¿Acaso no es bien amigo de usted ese Peña que le llama á usted *poeta eminente*, y que llama *poema* á esta aglomeración de simplezas y dislates?...

El mismo dice que tiene con usted amistad

íntima... Y es natural, porque es un escritor muy parecido á usted, y ya se sabe, que Dios los cría y... ustedes se juntan.

Y luego... eso de querer los amigos para que le froten los ojos... ¡Vamos, que tiene usted unas cosas!

Pues ¿y lo de hostigarse á sí mismo entre los ayes del pesar?... Otra carambola.

«Doquier que mire sólo encuentro abrojos  
Que no disipan mi gemir sombrío...»

Naturalmente.

Porque ni el *gemir* se puede *disipar*, ni los abrojos han servido nunca para disipar el gemir sombrío.

¡Es que se maravilla usted de unas cosas!...

«Doquier que miro sólo encuentro abrojos  
Que no disipan mi gemir sombrío,  
Ni convierten en glorias los despojos...»

¡Claro, hombre, claro! ¿En qué cabeza le cabía á usted que los abrojos habían de convertir los despojos en glorias?... ¿Cómo ni por dónde?...

¿Pues y esto que sigue?

«Si un mendrugo de pan pido al impío,  
Cuando de hambre está viendo que me muero  
Dice que no: y llorando así me río...»

¡Qué barbaridad!...

Nada, que usted se propuso hacer tercetos

aconsonantando todos los disparates que se le fueran ocurriendo, y... así ha salido.

No he visto cosa semejante.

Y eso que he leído á Charras, el de la mora aquella... y á Carulla...

«Yo que en medio al dolor me despedazo  
De lo que pasa, *todo bien comprendo...*»

Yo sí que comprendo bien que llorara el impresor aquel de *carácter indeleble*, y le pidiese á usted con las lágrimas en los ojos que no le obligase á imprimir su *poema*, donde hay hasta galicismos para que no falte nada malo.

«Veo los vicios y hago que no entiendo...»

Eso le debe de ser á usted muy fácil de hacer.

«Veo los vicios y hago que no entiendo;  
Pero sí los rechazo con *demencia...*»

¡Ave María Purísima!

¡Ahora sí que lo ha coronado usted, hombre!

¿Con que es una demencia rechazar los vicios?

Y luego dice usted que es católico...

¡Ya, ya! ¡Valiente católico está usted!

¿No ve usted que es una impiedad herética, protestante, llamar demencia á la cristiana y valerosa lucha contra los vicios?

No, hombre, no: eso no es una demencia, sino un deber. Lo que es *demencia* es escribir *epístolas* como esas que usted escribe...

La segunda epístola va dirigida *ad sapientes hujus sæculi*, en latín también, y lleva además como lema esta barbaridad: «*Quosque tandem*».

No se dice *quosque*, D. Juan Pedro, no se dice *quosque*: no dijo así Cicerón contra Catilina. Dijo *quousque*, adverbio de tiempo que significa «hasta cuándo».

Verdad es que también acá escribió una vez ese disparate y arrimó ese *cosque* al latín y al sentido común Santiago Liniers, muy señor y conde nuestro... de la última hornada, y hasta académico de la lengua.

Aunque también es verdad que los académicos son, de entre la gente de acá, los que más se asemejan á los vates americanos.

Y empieza así la segunda *epístola*:

«Siempre ha sido llamada villanía  
De hombres que se revuelcan en la escoria...»

¡Pues vaya un gusto!...

¿No ve usted que la escoria es cosa dura y áspera, y nadie puede apetecer revolcarse en ella?

Usted habrá oído hablar de revolcarse en el cieno ó en el lodo, porque el cieno y el lodo, aunque son cosas sucias, son blandas y suaves, y en el cieno y en el lodo les gusta revolcarse á los cerdos, y metafóricamente se dice que se revuelcan en el cieno ó en lodo los hombres que se entregan á los vicios y á las malas acciones...

Pero la escoria es cosa muy distinta del lodo y del cieno...

Sólo que usted viene á ser como doña Emilia, que no conoce la significación de las palabras ni se fija en ellas, y las emplea allá á granel, como salen.

Repitamos:

«Siempre ha sido llamada villanía  
De hombres que se revuelcan en la escoria,  
Poner en mal al que el dolor hastía...»

En *mal al...* ¡Qué oído tiene este D. Juan Pedro!

Y luego, ¡cualquiera entiende lo que quiere decir en ese terceto dificultoso y endiablado!

No sigo con *la epístola*, porque hay en el libro otras muchas *carambolas* por el estilo...

El primero de los sonetos se titula *heroísmo*, y empieza así:

«Musa dí en alta voz que no me humillo...»

Pues hace usted mal, porque debiera usted

humillarse, y aun avergonzarse de escribir como escribe:

«Musa dí en alta voz que no me humillo  
Ante el mundo que á peso su fe vende,  
Del polvo la vileza se desprende  
Y en el estiércol tiene su estribillo...»

¡Eso es! Para concertar con *humillo* no hay más que poner un *estribillo* á la vileza...

O al polvo, porque en realidad no se sabe de quién es el estribillo.

Segundo cuarteto:

«El genio expide luz, fulgente brillo;  
Sobre los astros su dominio tiende,  
Y como el águila que el cielo hiende,  
Alzo vuelo, jamás yo me arrodillo.»

Bueno, pues otra vez hace usted mal....

En no arrodillarse y en llamarse usted genio á sí mismo, lo cual es una presunción risible.

Conste que no, que no es usted el genio que expida luz; porque no *expide* más que gansadas.

Como éstas del segundo soneto, que empieza así:

«Teniendo mi barriga bien repleta,  
Lleno el bolsillo de monedas de oro,  
Más que en desgracia cifrará en desdoro  
No tener asentada la chaveta.»

¿Y qué es eso de *cifrar* más que en desgracia en desdoro?

Porque lo de no tener sentada la chaveta, ya se sabe lo que es: ser como usted, poco más ó menos.

Y sigue:

«Pero estar muerto de hambre y ser poeta  
Ajeno á todo mundanal tesoro,  
No es en vano verter amargo lloro...»

Nada; que aquí no hay sintáxis, ni *sindéresis*, ni nada parecido.

Soneto IV:

«El español monarca se halla inquieto  
Al ver que le rodea *impío tanto*...»

Esto, por la forma, parece de nuestro Carrulla. Y en cuanto al fondo... ¡Buenas y gordas!

«El español monarca se halla inquieto  
Al ver que le rodea *impío tanto*  
*Ultrajando las orlas de su manto,*  
Sin dignidad ni miras de respeto.»

Ni de poesía.

Y ¡mire usted que *ultrajar* las orlas de su manto!

Siga usted:

«No está perdida España *por completo*...»

No; pero la falta muy poco...

Y lo que es como la lleguen de Méjico muchos poemas como el de usted, pronto se acaba de perder para siempre.

Soneto VII:

«Hemos de convencernos: no es posible  
Que en el presente siglo», según llueve,  
«Se encuentre un hombre que á *paciencia lleve*  
Sus penas: para mí no es admisible.»

¿Y cómo se llevan las cosas á *paciencia*?

Para mí tampoco es admisible tanto *prosaísmo* ni tanto *dislate*.

«Juzgo también *cual cosa inconcebible,*  
Ahora que *el mundo con vapor se mueve,*  
Que exista algún mortal sin ser aleve  
Y vil traidor; *me pasa á lo increíble.*»

Y á lo *incomprensible* también *nos pasa* á los demás esa construcción ridícula y *desatinada*.

Primer terceto:

«Y hemos de convencernos, yo no admito  
Hombres honrados ni en pureza creo;  
Castidad y honradez son hoy un mito...»

Basta, basta... Porque no se puede llevar á *paciencia*, como usted dice, tanto *disparatar* y tanto *ensartar majaderías*.

A Sherman le dice en tercetos el bueno de Didapp, con dos pes:

«Para juzgar á España no has nacido,

*Porque el cuadrúpedo no mira al cielo,  
Como no vuela, no, el reptil tendido.»*

Por este primer terceto, y especialmente por el verso del medio, y aun por el último, se puede adivinar lo que vendrá en el cuerpo de la *epístola*.

«Tenemos héroes de la patria amantes  
Que nos conviden á feroz combate,  
Pues nadie sufre monstruos vergonzantes...»

Esto último, si viviera D. Antonio Cánovas, lo tomaría por alusión á su persona.

Por último, la composición á doña Cristina empieza así:

«Perseguido por la suerte  
Pulso á solas mi laud;  
Tendido en el polvo inerte...»

¿El laud, ó usted, D. Juan Pedro?... Porque no estaba de más el que se supiera.

«Perseguido por la suerte  
Pulso á solas mi laud  
Tendido en el polvo inerte;  
Señora, en mi alma se advierte  
El hueco de la virtud.»

Sí, hombre, sí, y otros muchos *huecos*...  
De virtud (especialmente de humildad), de ciencia, de poesía, de sentido común... de todo, tiene usted hueca el alma.

## IV

También los argentinos piden, y con tanta justicia, ciertamente, como los venezolanos, un poco de sitio en este libro para los malos vates de su tierra.

Y también acompañan á su petición los justificantes.

Véase la siguiente carta:

«Paraná y Enero 20 de 1898.

»Sr. D. Antonio de Valbuena.—Madrid.

»Muy señor mío: Como supongo que tendrá usted en preparación algún otro libro de RIPIOS ULTRAMARINOS, le remito esos *versos* con que los vates de la República Argentina atormentan al sentido común.

»Espero, pues, que el ilustre crítico les dé una carda soberana, y en especial á Miguel Piedrabuena, que perpetra una *poesía* titulada «El XX de Septiembre».

»Con este motivo saluda á usted su atento